



CAPITULO III

UNA ENTRADA EN EL GRAN MUNDO

En una de las desgraciadas épocas de su existencia, la casa por alquilar fué ocupada por un saltimbanqui. Se encontró la indicación de este hecho en los registros de la parroquia pertenecientes á la época en que el saltimbanqui había entrado en la casa, pero fué imposible saber su nombre, detalle, por otra parte, de escasa importancia.

En cuanto al paradero de su persona, era cosa sumamente difícil de averiguar, ya que el saltimbanqui había llevado una vida errante y las personas caseras le habían perdido de vista; y es más, los que se las echaban de personas respetables se guardaban mucho de confesar que hubiesen jamás man-

tenido la menor relación con tal personaje.

Por fin, un día, en medio de los terrenos pantanosos que se extienden á orillas del río, en la proximidad de Defort y de los jardines contiguos, fué descubierto un individuo de cabellos grises, vestido de una pana oscura; era su cara tan tostada por el sol, que parecía tatuada. El hombre fumaba su pipa, sentado á la puerta de un carro de madera, del linaje de los que emplean los saltimbanquis en sus largas peregrinaciones á lo largo de las carreteras.

Esta cabaña de madera de abeto, sostenida por ejes y por ruedas, estaba sujeta para la invernada, junto á una laguna pantanosa, y al rededor de ella se extendían las aguas cubiertas de una niebla densa, las ciénagas nauseabundos, los jardines de los hortelanos que querían indudablemente hacer compañía al saltimbanqui y á su pipa.

No hay que olvidar, en el catálogo de las cosas humeantes, la chimenea de la casa de madera: un tubo de hierro que despedía una humareda negra y densa.

Cuando preguntaron al hombre de la barba gris y del vestido de pana si en algún tiempo había sido inquilino de la «Casa por alquilar», pareció sorprendido, y al fin respondió afirmativamente.

—¿Se llama usted Magsman?—volvieron á preguntarle.

—Sí; Toby Magsman, aunque me habían bautizado con el nombre de Roberto, pero desde la juventud me dieron el apodo de Toby Magsman. Vamos á ver, diga usted—repuso él—si existe la menor queja contra mí.

Tranquilizaron al saltimbanqui manifestándole que no se discutía su honorabilidad; añadieron que se trataba únicamente de una información acerca de una casa que había habitado, que se le agradecería muchísimo que declarara—á menos que le importara algo abstenerse de declarar—por qué razón había dejado el piso.

—Nada debo ocultar referente á lo que me preguntan;—respondió—me marché de la casa para seguir á un enano.

—¿Para seguir á un enano?—exclamó el que hacía la información.

—Sí, para seguir á un enano,—repitió Mr. Magsman con aire asombrado, porque decía verdad.

—Sería usted tan amable que quisiera contarnos los detalles de esta historia?

—Con mucho gusto—replicó el saltimbanquis; y comenzó su relato.

«Hace mucho tiempo de esto... Antes de que las loterías y muchas otras cosas

hubiesen sido suprimidas, busqué una habitación favorable á mis proyectos; y habiendo encontrado una casa por alquilar que me convenía bajo todos conceptos, me dije á mí mismo:

»Yo te alcanzaré, si puedo alcanzarte. Si puedo conseguirte con dinero, yo te alcanzaré.»

Los vecinos lo llevaron á mal y se quejaron á su sabor. Pero, señor, ¡qué se habían figurado los tales vecinos!

Dejé que se lamentaran y pusieran cara fosca. Decoré la casa magníficamente con las muestras de mi profesión. Ante todo se veía una tela muy grande con el retrato de mi gigante luciendo unos calzones á la española. Mi gigante, cuya estatura era casi igual á la altura de la casa, gracias á una polea fijada en el techo, erguía la cabeza más arriba del primer piso.

También había un cuadro representando la señora Albinos, quien mostraba su cabellera blanca á los señores militares, pintados de uniforme, del ejército de mar y tierra; y también un cuadro con el retrato de un Piel-Roja arrancando la piel del cráneo á un prisionero perteneciente á una tribu enemiga.

Había además otro cuadro ofreciendo á la vista de los transeuntes el retrato

del niño de un colono inglés estrangulado por una serpiente boa, por más que nunca hubiéramos tenido niño ni serpientes boas.

A otro lado estaba pintada la cebra de las praderas, aunque jamás hubiésemos poseído cebras ni hubiésemos deseado tenerla aunque nos diesen dinero encima.

Finalmente, exhibí el retrato del enano en el momento de ser presentado á Jorge IV, quien se mostraba, al ver al chiquitín, tan admirado como podía parecerlo Su Majestad, cuya educación era notoria.

En resúmen, la fachada de la casa estaba cubierta de tantos cuadros, que ningún rayo de luz podía penetrar por aquel lado. Sobre la puerta de entrada y á lo largo de las ventanas del salón, se extendía una inscripción de quince pies de largo y dos de ancho que anunciaba el *espectáculo magnífico de Magsman*. La entrada se efectuaba por un pórtico de tela verde, decorado con follaje artificial; un organillo tocaba sin interrupción y la entrada valía 60 peniques. No hay que decir que mi espectáculo era de lo mejorcito que entonces se conocía.

Sesenta peniques, tal era el precio de la entrada; pero el enano valía ya todo el dinero; al fin y al cabo, él era la

atracción más fuerte; ¿no es verdad? Le habían dado este apodo: el mayor Tpschoffski, de la brigada imperial de Belgrado. Nadie podía pronunciar este nombre; por otra parte, no había sido inventado para que nadie acertara á pronunciarlo.

Por regla general el público le llamaba de esta manera: Chopski. Entre nosotros se le llamaba Chops, aunque su verdadero nombre, si alguna vez tuvo alguno verdadero—lo cual es muy dudoso—fuese Steakes.

Mi enano era muy pequeño, muy pequeño; no tan chico, no obstante, como anunciaba el cartel; ¿pero dónde se halla un enano que se parezca á la figura allí pintada? No por eso dejaba de ser un hombrecillo diminuto con enorme cabeza; y lo que había dentro de su cabeza nadie pudo saberlo jamás excepto él mismo, suponiendo que se hubiera ocupado en averiguarlo, cosa que no le hubiera sido nada fácil. Chops era el enano más excelente que haya podido existir; vivo, despierto y bien conformado. Cuando viajaba con el *niño atigrado*, por más que se enorgulleciera de ser un hombre normal y supiera perfectamente que las manchas del niño eran artificiales, dedicaba á éste los solícitos cuidados de una madre. Jamás le habríais oído murmurar del

gigante. Ciertamente que alguna que otra vez se permitía hablar en términos irrespetuosos de la señora obesa de Norfolk; pero esto era un asunto íntimo y cuando á un hombre le destrozan el corazón las blancas manos de una mujer, no es ya dueño de sí.

Chops estaba siempre enamorado, naturalmente, y el objeto de su pasión era siempre una mujer de gran estatura. Nunca he conocido á ningún enano que se enamorara de una persona proporcionada á su tamaño: ello constituye una de las originalidades de estas curiosas criaturas.

Chops se había formado una idea particular de sí mismo dentro de su gruesa cabezota, una idea que significaba algo, pues sin ello, no hubiera germinado en su mollera. Esta idea consistía en creerse predestinado á hacer fortuna. Jamás hubiera consentido poner su firma en un papel. Y sin embargo, había aprendido de escribir; y fué su maestro el muchacho manco de ambos brazos, quien se ganaba la vida con los pies (excelente maestro de escritura que tuvo entre nosotros numerosos discípulos), pero Chops se habría dejado morir de hambre antes que consentir en ganar un pedazo de pan borroneando su nombre en un papel cualquiera.

Esta circunstancia es tanto más cu-

riosa si se considera que Chops no tenía fortuna, ni esperanza de fortuna, si se exceptúan su casa y su plato. Cuando digo su casa, me refiero á la caja pintada y en forma de casa con seis habitaciones, á cuyo interior se deslizaba habitualmente, luciendo un anillo con un diamante (ó algo parecido á un diamante), hasta que salía agitando una campanilla por una ventana que al público le parecía ser la del salón.

En cuanto al plato, me refiero á un plato de porcelana de la China, con el cual hacía una colecta al final de cada exhibición. Yo le había compuesto la fórmula de salutación adecuada á las circunstancias:

—«¡¡¡Señoras y Señores!!! el hombrecillo va á dar la vuelta á la caravana antes de retirarse tras la cortina».

Cuando Chops decía algo importante en su vida privada, repetía esta frase hecha para su uso particular, y estas eran generalmente las últimas palabras que me dirigía antes de ir á acostarse.

Mi enano tenía lo que yo llamo una alma hermosa, una alma poética. Su obsesión de que la fortuna le visitaría cualquier día, nunca se presentaba tan viva á su pensamiento como cuando estaba sentado sobre el organillo y alguien daba vueltas al manubrio. Apenas se sentía excitado por la formidable

vibración del instrumento empezaba á exclamar con grandes gritos:

«Toby; veo á la fortuna venir á mi encuentro, música, música. Cuento mis guineas por millares, música, Toby, música. Toby, seré rico; siento ya ruido de dinero dentro de mi corazón, Toby, me hincho, me hincho hasta llegar á una grosura tan gruesa como la de todo el Banco.»

A tanto puede llegar la influencia de la música sobre un alma poética, sin que esto suponga que prefiriese otra música á la de nuestro órgano; al contrario, la detestaba.

Sentía una especie de rencor contra el público (cosa que ocurre en casi todos los fenómenos que viven á costa de la curiosidad de la gente). Lo que le irritaba más de su condición de enano, era que ésta le excluía de la sociedad, y por eso repetía sin cesar:

«Toby, mi ambición es viajar y ver mundo. La desgracia de mi situación en orden al público, estriba sencillamente en verme excluido de la sociedad. Esto no tiene la menor importancia para un bruto del calibre de ese maldito Piel Roja, que no fué creado para que le tolerara la gente decente. Esto no es nada para un ser tigrado que tampoco nació para vivir en sociedad... pero yo sí he nacido para la vida de relación.»

Nadie sabía en qué empleaba Chops su dinero: contaba, no obstante, con un buen salario que se le pagaba todos los sábados por la tarde en dinero contante y sonante encima de la piel de asno del tambor, además de la alimentación que le proporcionaba; como todos los enanos gastaba un apetito feroz, se lo pudo asegurar.

El plato, por sí sólo, constituía para Chops una pequeña renta, pues le hacía ganar bonitas sumas en monedas de cobre que durante toda la semana llevaba atadas en su pañuelo de bolsillo.

Y, sin embargo, Chops nunca tenía dinero. Esta penuria no podía ser efecto de lo que una vez se supuso, esto es, de la voracidad de la señora obesa de Norfolk, porque es evidente que cuando se odia á un Piel-Roja hasta rechinar de dientes por solo verle y cuando los amigos pasan todos los apuros del mundo para impedirle á uno que trate á dicho camarada de imbécil en alta voz mientras ejecuta su danza guerrera, es claro, digo yo, que no se despoja uno de su dinero en beneficio del Indio para que continúe viviendo lujosísimamente con la mujer que por él nos ha abandonado.

Con todo, al fin se descubrió el misterio en las carreras de Epsom.

El público no entraba ni á tres tirones y Chops agitaba su campanilla puesto á la ventana del saloncito, desde la cual me miraba haciendo muecas y con las piernas contraídas, porque le era imposible estar de otro modo en la casita.

Hacía, pues, sus muecas, y me decía en voz baja, dando campanillazos:

—¡Vaya un bonito público, Toby! Demonio! ¿Cuál es la causa de su frialdad?

De repente, en medio de la multitud indecisa, se levantó un hombre y empezó á gritar, teniendo en la mano una paloma mensajera:

—Si alguien tiene un billete de la lotería, sepa que acaba de sortearse el premio gordo; lo han sacado los números 3, 7 y 42. ¡Tres, siete y cuarenta y dos!—vociferaba.

Yo envié de todo corazón al diablo á semejante hombre y á sus números, porque este es el escollo de nuestra profesión: basta una nonada para distraer la atención del público. Si lo dudan, dirijan una mirada á su alrededor cuando hayan reunido á un público dispuesto á escucharles: hagan entrar en la sala á dos personas luego de empezado el discurso y verán que las dos personas atraen todas las miradas en perjuicio de ustedes...

No es pues de extrañar que aquel

hombre con todos sus números me hiciese montar en ira; de buena gana lo habría enviado al infierno, cuando, de repente, Chops arrojó por la ventana su campanilla á la nariz de una pobre vieja, y de un puntapié desplomó la casita, descubriendo todo el secreto de nuestro espectáculo, y diciéndome, mientras me abrazaba con gran excitación: —Lléveme usted á nuestro carromato, Toby, y écheme usted un cuba de agua en la cabeza, ó soy cadáver, porque ya me ha caído la suerte.

Chops había sacado el premio gordo, doce mil libras esterlinas y pico. Había comprado los números 3, 7 y 42, que salieron favorecidos.

El primer empleo que hizo de su fortuna fué apostar quinientas libras esterlinas á que vencería en duelo al Piel-Roja, combatiendo éste con su maza y él con una aguja de hacer media mojada en veneno. Pero nadie quiso aceptar la apuesta y declararse partidario del salvaje de las praderas americanas, de modo que la cosa no pasó adelante.

Después de haber invertido una semana entera en un verdadero delirio, presa de tal exaltación de espíritu que si le hubiera dejado sentarse sobre el organillo dos minutos nada más, creo que hubiera reventado, (pero ya teníamos cuidado de poner el organillo fuera de su al-

cance.) Mr. Chops recobró la calma y se portó con nosotros con una noble liberalidad.

Envió enseguida á buscar á un muchacho amigo suyo, un joven muy elegante y muy distinguido que estaba empleado en uno de estos innumerables juegos de azar que se encuentran en las ferias.

Este nuevo personaje, que se llamaba Normandy, aunque no fuera este su nombre verdadero, había sido muy bien educado por su padre, célebre chalán que en los apuros de una crisis comercial había tenido la desgracia de pintar un caballo gris de color castaño y venderlo á precio muy subido, gracias á una supuesta ilustre genealogía.

—Normandy—dijo Chops á su amigo, —voy á presentarme en sociedad, ¿quiere usted venir conmigo?

—¿Qué sentido debo dar á sus palabras?—contestó Normandy.—¿Quiere usted dar á entender que se encargará de todos los gastos de este cambio de estado?

—Sí esto es precisamente lo que quería significar;—repuso Mr. Chops—y le asignaré á usted una espléndida retribución.

Normandy tomó á Mr. Chops en sus brazos y después de haberlo puesto sobre una silla para estrecharle las ma-

nos, le respondió recitando los versos siguientes, mientras las lágrimas se le saltaban de los ojos; tan emocionado estaba:

Ya dejó mi barca en la orilla
¡Qué importa! Nos llama la mar
Bajel, buen bajel, en tu quilla
queremos los dos navegar ¹.

Para hacer su entrada en el gran mundo partieron en un carruaje de cuatro caballos grises y librea de seda.

Llegados á Londres se instalaron en un lujoso piso en Pall-Mall, y empezaron una existencia aparatosa,

El mes de Septiembre del año siguiente, durante mi visita á la feria de San Bartolomé, vino á entregarme una carta un criado cuajado de brillantes botones de metal y calzando soberbias botas.

Era una invitación de Chops, quien me rogaba fuese á pasar la tarde en su compañía, en Pall Mall. Saqué de mi maleta mi mejor vestido y me dirigí á la casa de mis amigos. Estos habían llegado á los postres y saboreaban exquisitos vinos.

Lo primero que observé fué que, los ojos de Chops permanecían más inmóviles en su enorme cabeza de lo que yo hubiera deseado para su salud.

Tres comensales estaban sentados

1) Canción muy popular en Inglaterra.

á la mesa y no me costó nada reconocer al tercer personaje. La última vez que había encontrado á este individuo vestía una túnica blanca á la romana, llevaba en la cabeza una mitra de obispo hecha de piel de leopardo y tocaba en su clarinete un aire por el estilo de los que se oyen en las colecciones de fieras.

Este personaje fingió no conocerme, lo cual no impidió que Chops me presentase, diciendo:

—Señores, es un amigo, un amigo muy antiguo.

Normandy me miró á través de su monóculo.

—Magsman—me dijo—mucho me alegro de saludarle.

Hubiera apostado una guinea contra un penique á que su alegría no era completa.

Chops, para estar más cómodamente sentado á la mesa, se había mandado poner la silla encima de un trono (de una forma semejante al de Jorge IV en su célebre retrato) pero me pareció que no gozaba de todas las prerrogativas regias, porque sus dos camaradas daban órdenes como dos potentados. Vestían como verdaderos dandys, y apoyando el codo encima de la mesa cubierta de botellas bebían sin parar.

Instado por Chops pasé de un vino á

otro vino (para que constara que les imitaba) y luego mezclé todos los vinos (para decir que les imitaba) y luego los mezclé de dos en dos.

En resumen, que pasé una noche agradable, por más que me diera cuenta de que mi cabeza empezaba á dar vueltas.

Al fin creí de buena educación ser el primero en abandonar la fiesta; me levanté, pues, diciendo á Chops:

—Señor Chops, los mejores amigos deben separarse tarde ó temprano. Le doy á usted las gracias por la variedad de vinos extranjeros que me ha dado á conocer: bebo á su salud con esta copa de clarete y me despido de usted.

Chops respondió con tono afectuoso:

—Tenga usted la bondad de ponerme en su brazo derecho, Magsman; lléveme usted hasta el fin de la escalera porque quiero hacerle los honores.

Quise rehusar semejante deferencia, pero él insistió y tuve que sacarle de su trono.

Cuando le tuve en mi brazo, apoyado en mi hombro, me pareció aspirar su aliento impregnado de vino de Madera; y quieras que no, imaginé al levantarle que llevaba una ancha botella de vino, rematada por un enorme tapón, desmesurado para el tamaño de la botella.

Cuando dejé á Chops en la estera de

junco que cubría el vestíbulo, se agarró al cuello de mi vestido y murmuró á mis oídos estas palabras:

—No soy feliz, Magsman.

—¿Cuál es la causa de su desgracia, señor Chops?—interrogué.

—Mis amigos no me tratan con dulzura; me meten en la chimenea cuando me resisto á hacerles servir más champagne, y cuando no quiero darles más dinero me encierran en el bufete.

—Deshágase usted de ellos, señor Chops.

—No puedo; vamos juntos á las reuniones, ¿qué diría la sociedad?

—Pues abandone usted la sociedad.

—Imposible; usted no sabe lo que me aconseja. Una vez uno ha entrado en la sociedad, ya no acierta á salir de ella.

—En tal caso, perdóneme usted la franqueza, señor Chops,—le dije con la inclinación de cabeza más amable de que era capaz—creo que es usted digno de lástima por haber entrado en la sociedad..

Chops inclinó á su vez su gruesa cabeza y se dió con la mano cinco ó seis golpes en la frente.

—Usted es un buen muchacho, Magsman,—replicó él—pero no me comprende; buenas noches, adiós. Ahora, Magsman, el hombrecito va á dar la vuelta

á la caravana antes de retirarse tras la cortina.

Dicho esto, le ví encaramarse solo por las escaleras, ayudándose con pies y manos. Jamás habría podido subir por sí solo de estar en ayunas; pero gracias á la excitación del vino podía hacerlo y prohibió á su criado que fuera en su ayuda.

Poco tiempo después de esta *soirée*, lei en un periódico que Chops había sido presentado á lo corte; el periódico decía:

«Recordarán los lectores (he observado que los periódicos tienen la costumbre inveterada de suponer que *los lectores recordarán*, recuerden ó no), que Mr. Chops es el enano cuya fortuna en el sorteo de la lotería causó tanta sensación».

—¡Bravo!—me dije—¡cuán prodigiosos son los azares de la vida! Al fin ha logrado su deseo y me alegro. Le ha admirado Jorge IV.

Esta presentación me dió la idea de mandar repintar la tela en que aun pueden ver ustedes el enano Chops llevando un saco de dinero y presentándolo á Jorge IV teniendo á su lado á una gran señora con la cabeza adornada de plumas de avestruz, quien mira con enamorados ojos al pobre aborto al verle ataviado con su traje de corte, la espa-

da á un lado, calzones bombados y una gran peluca.

En esta época alquilé la casa que es objeto de mis declaraciones—aunque no tenga todavía el honor de saber á quién tengo el honor de hablar—y durante trece meses consecutivos estuvo allí instalado el divertido espectáculo de Magsman, en el cual ofrecía al público los fenómenos más raros que puedan imaginarse.

Cierto día, terminábamos ya nuestra última sesión, y fumaba mi pipa en una estancia trasera de la casa en compañía del muchacho que dibujaba con los pies (pero que en realidad solo dibujaba sobre el dibujo), al cual había contratado por un mes, cuando de pronto me pareció que llamaban violentamente á la puerta de la calle.

—¡Ola! ¡eh! ¿quién es?—pregunté al muchacho que se restregaba las cejas con los dedos de los pies.

—No acierto á adivinar de qué se trata, señor Magsman—respondió.

A decir verdad, no podía nunca adivinar nada: su compañía era monótona y aburrida como no lo ha sido otra sociedad en el mundo.

Como el ruido continuaba, dejé al fin mi pipa encima de la mesa, encendí una vela, bajé la escalera y fuí á abrir la puerta.

Lo primero que se me ocurrió fué mirar por toda la calle sin poder distinguir nada, pero de repente me volví de una manera brusca porque me daba cuenta de que algo se movía entre mis piernas.

Era Chops.

—Magsman—me dijo—¿quiere usted volver á admitirme bajo las antiguas condiciones? ¿Consiente usted? Diga usted que es cosa resuelta.

Puede imaginarse cualquiera mi estupefacción, pero al fin respondí:

—Resuelto queda.

—Perfectamente — dijo él. — ¿Hay algo para comer en casa de usted?

Me acordé entonces de la magnífica variedad de vinos extranjeros que habíamos bebido juntos, Chops y yo, en Pall-mall. Me avergonzaba tener que ofrecerle salchichas frías y ginebra aguada; pero él aceptó de buena gana tan frugal refrigerio. Una silla le sirvió de mesa, y un taburete de silla, como en tiempos añejos.

Le observé con extrañeza mientras estuvo cenando.

Apenas hubo limpiado enteramente de salchichas el plato (dos libras y algunas onzas si no me engaño) la sabiduría natural que moraba en este hombre diminuto empezó á surgir de sus labios como por inspiración del cielo.

—Magsman—me dijo—míreme usted con atención. Está usted viendo á un hombre que ha sido admitido en la sociedad y que ahora se ha separado de ella.

—¡Ah! ¿Está usted fuera de ella, señor Chops? ¿Por qué se ha retirado usted, señor Chops?

—Sencillamente, he perdido toda mi fortuna—exclamó.

No puede usted formarse una idea de la prudencia que manifestaba su cabezota, cuando pronunció estas palabras:

—Amigo Magsman, quiero ponerle al corriente de un descubrimiento que he llevado á cabo, y no de escaso valor. Me ha costado doce mil quinientas libras esterlinas y podrá serle útil á usted. El secreto de la cosa consiste, en que cuando uno cree entrar en la sociedad, puede formular con más precisión el fenómeno, diciendo que la sociedad entra en casa de uno.

Sin entender totalmente el sentido exacto de estas palabras, incliné la cabeza con aire compungido, diciéndole:

—Tiene usted razón, señor Chops.

—Magsman—replicó dándome un golpe en la pierna—la sociedad ha entrado en mi casa y me ha birlado toda la fortuna.

Sentí, al oír estas palabras, que me volvía pálido, y aunque mi naturaleza

me inclina á derramar constantemente palabras, solo pude tartamudear las siguientes:

—¿Dónde está Normandy?—preguntó.

—Se ha fugado con la vajilla de plata—respondió.

—¿Y el otro?—añadí refiriéndome al individuo á quien en otros tiempos conocí cubierto con una mitra de obispo.

—Desapareció con las joyas—replicó Chops.

Me senté para mirar al pobre enano, quien á su vez se levantó á fin de examinarme.

—Magsman—me dijo, y habló todavía con más cordura que antes, aunque con voz más ronca.—Magsman, la sociedad en conjunto se compone de enanos. En la corte de Saint James, todos ejercen mi antiguo oficio, todos dan por tres veces la vuelta á la caravana. Por todas partes se esfuerzan en hacer sonar las campanillas desde las ventanas de sus casas de imitación; por todas partes la bandeja dá la vuelta á la sala. La bandeja, Magsman, la bandeja es la institución universal.

Noté entonces, y usted lo adivinará también, que Chops estaba agriado por sus desgracias, y me senti por ello profundamente apenado.

—En cuanto á las señoras obesas, —prosiguió golpeando la cabeza contra

la pared, las hay á millares en la sociedad y de un carácter cien veces peor que el del original que he conocido en casa de usted. Esta sólo había cometido un crimen contra el buen gusto,—sencillamente, una falta de sentido común,—un ultraje que no merecía mas que el menosprecio; y sufría las justas consecuencias de su locura, convertida en esclava de un Piel-Roja.

Otra vez Chops se tomó la libertad de darse un coscorrón contra la pared.

—Las señoras de la sociedad, Magsman... ¡oh! cometen infamias por... el dinero. Procúrese usted pañuelos de cachemira, compre brazaletes, exhiba todo esto con lujosos abanicos y mil otras preciosidades en su habitación; dé usted á entender que hará usted regalos á cuantas vengan á admirarle, y, á no tardar, acudirán á usted las señoras obesas para mimarle y adularle, de todos los puntos cardinales, sin preguntar quien es usted ni de donde sale. Las señoras obesas que no han nacido para exhibirse á los ojos de los babcas de la feria, acudirán también á perforarle el corazón, Magsman; luego, cuando ya no le quedará á usted un ardite, le dejarán convertido en esqueleto fatídico, como hicieron los buitres con la cebra de las praderas... Cebras, nada más que cebras, somos

cuantos prestamos atención á todas estas falsas ilusiones.

Dichas estas palabras, Chops volvió á dar de cabeza contra la pared; y esta vez lo hizo con tanta fuerza que cayó desmayado al suelo.

Su cabeza era tan pesada y el golpe que acababa de darse había resonado tanto, que creí realmente que se había matado. Pronto, no obstante, Chops volvió á levantarse poquito á poco, se sentó en el suelo y me dijo, con la mirada más inteligente que pueda imaginarse:

—¿Sabe usted, Magsman, cual es la diferencia material que distingue los dos estados que yo atravesé?

Antes de responder él mismo á esta pregunta, Chops levantó al nivel del rostro su pobre manecita y rompió en abundantes lágrimas, que caían á lo largo de las mejillas sobre su bigote. El enano había hecho cuanto era posible para dejarse crecer este adorno masculino encima de su labio superior; pero es triste condición de los mortales no lograr siempre lo que se desea.

—He aquí la diferencia—prosiguió al fin —Antes de ser admitido en la sociedad me pagaban, muy poco en verdad, pero al fin me pagaban para exhibirme; pero cuando fui introducido en la sociedad, tocóme la vez de pagar; pagué muy caro para obtener el mismo

resultado. En todo tiempo elegiría el primer estado, aun no viéndome forzado como ahora á volver á él. Magsman, usted me anunciará mañana á son de trompeta, como lo hacía usted en los pasados tiempos.

A partir del día siguiente, Chops volvió á ser uno de los nuestros y se encontraba tan bien como si jamás nos hubiera abandonado. Pero tuve la precaución de poner el órgano fuera de su alcance y cuando teníamos visitas no nos permitíamos nunca la más mínima alusión á la pasada fortuna del pobre diablo.

Chops, sin embargo, se volvía más reflexivo de día en día; sus ideas sobre la sociedad eran realmente luminosas, estupefacientes, hasta imponentes; su cabeza creció todavía en volumen, á medida que su sabiduría le daba expansión.

Las cosas fueron viento en popa durante nueve semanas, y al cabo de ellas, su cabeza era en verdad algo digno de atención.

Una tarde, así que el último grupo de espectadores hubo salido, así que se hubieron cerrado las puertas, Chops me manifestó su deseo de oír un poco de música.

—Señor Chops. —le dije.

Le llamaba siempre *señor*. Otros podían apearle el tratamiento, si de ello gustaban; yo no acertaba á permitirlo.

—Señor Chops, ¿está usted seguro de encontrarse ya en un estado espiritual y corporal de tal salubridad que nos autorice á dejar que se siente sobre el organillo sin peligro?

—Toby—me contestó, después de un momento de silencio—cuando vuelva á encontrar á la que usted sabe en compañía de un Piel-Roja, yo... yo... perdonaré á los dos. Así, pues, estoy á sus órdenes.

Experimenté una verdadera sensación de terror cuando empecé á dar vueltas al manubrio, pero mi pobre enano se mostró más dulce que un cordero.

Sin embargo, me será siempre imposible dejar de creer que en aquel momento supremo veía su cabeza crecer desmesuradamente; por ello puede usted comprender, sin más explicaciones, cuales fueron los pensamientos que danzaban en mi cabeza.

Cuando Chops hubo escuchado todas las piezas del organillo, saltó á tierra de un salto, lanzándose desde encima de la tapa del instrumento.

—Toby—me dijo, mientras una sonrisa serena y resignada ondulaba en

sus labios—el hombrecito va á dar por tres veces la vuelta á la caravana antes de desaparecer tras la cortina.

Cuando quisimos despertarle, al día siguiente por la mañana, advertimos que había ido á juntarse con una sociedad mejor que la mía y que la de Pall Mall.

El enano había muerto.

Mandé celebrar en memoria de Chops unos funerales con la mayor solemnidad que permitían mis escasos recursos; seguí en persona al ataúd, como jefe de la compañía; la tela que representaba la visita de Chops á Jorge IV precedía al cortejo á manera de estandarte.

Después de este suceso, la casa me pareció tan triste, que la dejé para volver á mi cabaña.

—¡Bien!—exclamó Jarber, doblando el segundo manuscrito que acababa de leerme—¿no he triunfado todavía en mi difícil empresa?—Y al decir esto dirigió una mirada retadora á Trottle.—¿No es verdad que he conseguido algo más que el mayordomo de usted? Quiero preguntarle únicamente si se confiesa vencido.

—Naturalmente que sí, no hay que decirlo—respondí, tomando la palabra en lugar de Trottle, quien por otra parte, se obstinaba en permanecer silencioso.

—Esta vez, amigo mío, no solamente nos ha leído usted una historia sumamente interesante; nos ha revelado usted además todos los misterios de la casa. El tema está ya agotado, ¿verdad? ¿Quién se atrevería á instalarse en una casa que había sido ocupada por una banda de saltimbanquis?

Fijé los ojos en Trottle al pronunciar la última frase y Jarber dirigió su mano hacia Trottle, sacudiéndola con gesto de protección.

—Permita usted á ese buen hombre que exprese su opinión—dijo Jarber.—Decía usted pues, mi buen...

—Quisiera preguntarle únicamente—preguntó el criado de la señora con tono de indiferencia—si podría usted decirme en qué época pasó la historia que ha contado. Díganos usted la fecha.

—¡La fecha!—exclamó Jarber.—¿Qué supone este hombre con sus palabras?

—Con todo el respeto que debo á usted, señor, desearía saber si el individuo llamado Magsman fué el último inquilino de la casa. En mi opinión, dispense usted si así lo creo, este inquilino no fué el último.

Y dicho esto, Trottle saludó con profunda reverencia á la señora y á su antiguo amigo y salió de la habitación.

Es preciso confesar que cuando Jar-

ber se encontró á solas conmigo, no pudo reprimir su contrariedad. Indudablemente se había olvidado de anotar en su información las fechas de estos acontecimientos, y aun cuando se sentía muy engreído de haber descubierto todo lo relativo á la casa vecina, era evidente que su saco de noticias quedaba vacío.

Me pareció justo, aunque no fuera más que por agradecimiento, procurar sacarle de apuros dándole otro plazo. Así pues le invité á venir á tomar el té el lunes siguiente, 13 del mes, y á informarse en este intervalo de las fechas de que le había hablado Trottle para que respondiera á éste de una manera satisfactoria.

Jarber me besó galantemente la mano, me dirigió algunas sentidas palabras de gratitud y se despidió de mí.

Durante los restantes días de la semana tuve cuidado de no decir nada que incitase á Trottle á la más pequeña alusión á la «casa por alquilar». Sospechaba que se había informado por su parte de las fechas en cuestión, pero me guardé de preguntarle el menor detalle sobre el asunto.

El lunes por la tarde, 13, el bueno é infeliz de Jarber acudió á mi casa á la hora convenida. Pareció hallarse tan

postrado y rendido que me dió lástima. Comprendí al primer vistazo que le había preocupado mucho el asunto de las fechas, y que Mr. Magsman no había sido realmente el último inquilino de la casa; en una palabra, que faltaba aun averiguar por qué causa dejaba de alquilarse la vecina mansión.

— Me sería imposible referirle á usted exactamente cuanto he hecho para lograr nuevos informes—murmuró Jarber.—¡Oh, Sofonisba! he descubierto algo nuevo. Las dos primeras historias las puse á los pies de usted, cielo mío, pero antes de reprenderme por no haber podido aún responder á su impaciencia, permítame usted que le cuente la tercera historia.

Esta apareció bajo la forma de un pequeño manuscrito: no opuse, sin embargo, la menor observación. Jarber se contentó con decir que iba á recitarme unos versos.

Buscando pretextos para lograr sus propósitos investigadores, se había introducido en la «biblioteca de los abonados por un mes», y acabó por descubrir allí, dirigiéndose á diferentes lectores amigos suyos, que una señora, parienta, según creían, del último inquilino de la casa deshabitada, había enviado después de la partida de este inquilino, un poema manuscrito rela-

tivo á los acontecimientos que habían tenido lugar en la casa abandonada, rogando al director de la biblioteca que lo hiciera publicar.

La referida señora no había puesto su dirección en la última página del manuscrito, y éste quedó sobre la mesa del director, completamente intacto, para ser devuelto á la que había llenado sus páginas apenas fuese solicitada su devolución, porque el buen señor no se ocupaba de editar poemas.

El autor de este trabajo en verso no había creído conveniente reclamar su obra; por esta circunstancia habían podido prestar el manuscrito á Jarber, quien lo pedía con insistencia para venir á leérmelo.

Antes de comenzar su lectura, tocó el timbre para llamar á Trottle, porque deseaba verle cerquita, escuchando las estrofas del poema, para vencer de esta manera su ciega obstinación.

Imagínese cual debió de ser mi sorpresa cuando Peggy acudió al llamamiento y me comunicó que Trottle había salido sin decir á donde iba.

Comprendí sin preguntar una palabra más, que todo ello era una astucia de mi criado, el cual no había querido hallarse en la precisión de fraternizar con el contrincante á quien detestaba.

Me contuve y no dejé aparecer al ex-

terior la ira que sentía en lo más íntimo de mi ser; no podía confesar á mi invitado que me sentía mortificada. Apenas hubo salido Peggy, declaré con un signo á Jarber de que estaba dispuesta á escuchar su relato.

Este abrió el manuscrito y me leyó lo siguiente:



CAPÍTULO IV¹

I

LA calle estrecha y solitaria presentaba á las miradas del transeunte un aspecto lúgubre y severo. La lluvia caía sobre el suelo resbaladizo y el farol de llama vacilante aumentaba el horror de las tinieblas.

En la casa, al amor de la lumbre, junto á un hogar casi apagado, escuchando los silbidos del viento en las encrucijadas, Berta sentía en el fondo del alma un estremecimiento más frío que el invierno, porque su estrella, infeliz criatura, la abandonaba ya.

Había conservado todo su valor y toda la firmeza de su voz para desear á su hermano un bien viaje. Pero, sola en su casa, exhalaba su congoja en quejas

1) En verso en el original.